

LAS HIJAS DEL CAMPESINO

Hace mucho tiempo, en una aldea lejana, vivía un campesino llamado Murâd que tenía dos hijas: Warda y Samîra. La hija mayor, Warda, era egoísta, avara y engreída. Samîra, por el contrario, era generosa, buena y todos los días acompañaba a su padre al mercado para vender las frutas recogidas en sus campos. Cierta día Murâd enfermó y reunió en su habitación a sus hijas a las que dijo:

-“Estoy a punto de morir y como sabéis no tengo una gran herencia que dejaros a excepción de los campos de frutas. He decido, por ello, dividirlos en dos partes: una, Warda, para ti y la otra, Samîra, para ti. Deseo que los conservéis y los cultivéis porque estos campos son la tierra de nuestros antepasados, nuestro único sustento y quisiera que no los vendierais”.

Nada más pronunciar estas palabras Murâd murió y las dos hermanas empezaron a llorar de tristeza. Los días pasaron y Samîra siguió cultivando su parte de la tierra e iba todos los días al mercado tal y como lo había hecho su padre. Muy al contrario, Warda, a pesar de lo que su padre le había dicho, vendió su parte de la tierra al señor al-Halabî que era el hombre más rico de la aldea. Un buen día, cuando Samîra volvía a casa, se encontró con su hermana y le dijo:

-“He sabido que has vendido tu tierra al señor al-Halabî. ¿Por qué has hecho esto?”

-“Es sencillo – dijo Warda – Dentro de poco el príncipe de la aldea elegirá una mujer para casarse y con el dinero que me ha pagado el señor al-Halabî me compraré vestidos y joyas y así seré la más bella mujer del pueblo y no hay duda que el príncipe me escogerá a mí en matrimonio”.

Estando las dos en esa situación, Samîra oyó un grito y le dijo a su hermana:

-“¿Has oído gritar?”

-“No, no he oído nada” le contestó

-“Creo que la voz venía de detrás de aquel árbol. Quizás alguien necesite nuestra ayuda”

Las dos hermanas corrieron hacia el lugar y cuando llegaron vieron un duendecillo gritando dentro de un agujero

-“¡Socorro! ¡Socorro! ¡Sacadme de aquí!”

-“Tranquilízate – le dijo Samîra – te sacaremos lo antes posible”

Warda le dijo su hermana:

-“¿Esta loca? No bajaré a ese agujero pues se ensuciará mi vestido. Baja tú si quieres”

Samîra bajó al agujero y apenas pasados unos instantes, salió de él con el duendecillo a sus espaldas.

-“Gracias – dijo el duende – Sois en verdad buenas y por ello quiero daros un regalo a cada una pero tengo un problema y es que uno de los regalos es mejor que el otro – dijo el duende mientras señalaba dos cajas – En la caja grande hay cien monedas de oro y en la pequeña hay cien espigas”.

-“Tengo la solución – dijo Warda – Yo oí tu grito y por ello te sacamos del agujero y del peligro y por ello yo elegiré en primer lugar el regalo”

-“Entonces, escoge una caja” le contestó el duendecillo.

Warda cogió la caja grande y nada más abrirla lanzó un grito de alegría al encontrar en su interior cien piezas de oro.

-“Con estas monedas compraré el vestido más caro del pueblo y cuando el príncipe me vea con él se casará conmigo”.

Así, pues, el duende le dio la caja pequeña a Samîra en la cual encontró las espigas y dijo:

- “Esta tarde las sembraré”

Warda llegó a la aldea y entró en la tienda de ropa en donde escogió el vestido más bonito pero cuando abrió la caja para pagar su precio se sorprendió mucho pues las monedas de oro se habían convertido en botones de madera. Nada más salir de la tienda vió al duendecillo y le dijo:

-“No eres un duende bueno ya que me has engañado”

-“Yo no te he engañado – repuso el duende – te di sólo lo que merecías. Me mentiste porque tú no oíste mis gritos sino que fue tu hermana. Tu avaricia te ha dejado sin dinero”.

Al día siguiente, cuando Samîra salió del campo, vio que las espigas se habían transformado en cien árboles de los que colgaban frutas de oro y dijo:

-“¿Qué voy a hacer con estas frutas de oro? Se las daré a los pobres de la aldea porque las necesitan más que yo”.

Por la tarde Samîra dio los dorados frutos a los pobres. Llegó a oídos del príncipe lo acontecido, el cual maravillado de la generosidad de Samîra, decidió conocerla y con ella casarse. Y desde aquel día la felicidad imperó en la vida Samîra.

Autora:

Natalia Ricós León

Soluciones de A y D:

حلّ التمرينين ٤ و ١ :
التمرين ١ : أ- ١ / ب- ٣ / ج- ٢ / د- ١ .
التمرين ٤ : أ- ١ و ٨ / ب- ٤ / ج- ٣ و ٥ / د- ٧ و ٢ / هـ- ٦